

Cualquier persona puede vestirse con ropa usada por menos de mil pesetas Las últimas «chambonas» coruñesas consideran que el negocio de trapero ya no es rentable

La Coruña (Redacción, por Manuel Guisande). Las «chambonas», como popularmente se conocen a aquellas personas que se dedican a comprar objetos de segunda mano —sobre todo ropa usada— para después venderlos, consideran que el negocio ya no es rentable. En la actualidad, en La Coruña solamente existen dos «chambonas» con puesto fijo, en los arcones de Orillamar, que empezaron

como traperas antes de la guerra civil. A sus casi ochenta años, Dolores Barcia y María Luisa Martín siguen comprando la mercancía por kilos, por «bulto», y saben que cualquier persona puede vestirse perfectamente por menos de mil pesetas. Sus clientes siguen siendo los necesitados, aunque afirman que «por aquí ha pasado lo mejorcito de La Coruña».

Dolores Barcia Amboage, de 78 años de edad, y María Luisa Martín Castro, de 77, son como hermanas, pues no en vano llevan más de cincuenta años trabajando juntas como «chambonas». No saben muy bien de dónde proviene la palabra «chambo» —del francés «chambier», cambiar—, pero sí saben lo que es el estar horas y horas esperando en la caseta de madera a que llegue el primer cliente, y que por «cuatro perras» se lleve una prenda de vestir.

Empezaron en la Plaza de España, sobre el 36, cuando medio país tomaba sopa de ajo, y después establecieron su puesto en las inmediaciones del cementerio de San Amaro, muy cerca de la calle Miguel Servet, en donde en la actualidad se hallan las dependencias de la Policía Municipal.

Eran años duros, con la cartilla de racionamiento en el bolsillo, con el mendrugo de pan como única comida y con las ilusiones puestas en que un día la situación cambiara para emprender lo que por aquel tiempo se decía «una nueva vida».

Por entonces, María Luisa estaba casada con un violinista que tocaba en los cabarets que por la época había en La Coruña. «Cuando el alzamiento —explica María Luisa—, cerraron todas las salas de espectáculos y entonces mi marido ya no podía trabajar porque no había bailes. Lo llamaban para alguna misa de difuntos, de personas que morían en la guerra y cosas así. Le daban unas ocho pesetas por cada misa y con lo que yo sacaba vendiendo ropa usada podíamos vivir con nuestros tres hijos. En aquella época un sueldo medio rondaba las 240 pesetas».

Por su parte, Dolores Barcia estaba casada con un albañil y, al igual que María Luisa, compraba la ropa que le vendía una familia de Culleredo, cuyo medio de vida consistía en ir al frente y recoger prendas de vestir de jóvenes soldados acribillados por las balas. «También, como estábamos con el racionamiento, los amigos que teníamos nos ayudaban dejándonos las cartillas para poder comprar ropa y luego venderla. Recuerdo que solíamos vender mucho a la Fábrica de Armas, que entonces estaba en la plaza de Pontevedra, para que los empleados pudieran limpiarse las manos. Siempre se hacían bromas porque, como nos compraban de todo, a algunos les tocaba un calzoncillo, un sujetador...cosas así».

La tela catalana

Con la llegada del tejido catalán, el negocio de compraventa de ropa usada empezó su declive. Mientras Dolores Barcia continuaba con los trapos, María Luisa tuvo un «golpe de suerte» y cambió la venta de ropa por la de muebles, que le proporcionaba mayores ingresos con los que atender a su familia. «Yo estaba enferma, pero tenía que ir a la caseta por-



Dolores (a la izquierda) y María Luisa seguirán en la brecha porque «hay que vivir y la pensión no da para más»

que había que trabajar y los tiempos eran duros; además, tenía que pagar el alquiler del arcón, que era de 75 pesetas al mes. Un día pasó un señor frente a mí y me dijo qué era lo que me ocurría porque me solía ver todos los días y veía que estaba mal. Le expliqué que estaba enferma y entonces él me regaló unos muebles para que los vendiera. Ví que vendiéndolos se sacaba más dinero y decidí cambiar de mercancía. Después averigüé que aquel señor, que también me compró la caseta, era un coronel que acaba de llegar de África y que le sobraban muchos muebles. Conmigo fue muy bueno y siempre lo recordaré porque hizo mucho por mi familia».

A mediados de la década de los cincuenta, Dolores, con el negocio de ropa usada, y María Luisa, con el de muebles de

segunda mano, se instalaron en los arcones de Orillamar, donde en la actualidad siguen con sus puestos y son apreciadas por todo el vecindario, que conoce sus avatares.

Un negocio no rentable

Si en otro tiempo trabajar como «chambón» era un negocio rentable, en la actualidad ya no lo es y quienes están al frente desde hace cincuenta años en los dos únicos puestos fijos en La Coruña lo hacen por costumbre, por hacer algo, por no quedarse en casa y, sobre todo, porque las pensiones que tienen —unas 30.000 pesetas— no les llegan para vivir. «Ahora —explica Dolores— se vende mucho menos que antes y este negocio ya no es lo que era. Cuando tiren todo esto, cierro y me voy porque estoy un poco cansada y no se ganan más de quinientas pesetas al

día, que siempre es una buena ayuda, pero es muy poco».

Todavía quedan clientes

Pese a que en los últimos años en La Coruña se han instalado cientos de tiendas y comercios dedicados a la confección, todavía quedan clientes que acuden a los llamados «traperos» para adquirir alguna prenda de vestir. «Viene gente de todo. Miran lo que hay por aquí y después se lo llevan por tres perras. No se gana mucho porque hay días que no viene nadie y es tiempo perdido; pero por aquí ha pasado lo mejorcito de La Coruña. Hay gente que tiene medios económicos, pero compra ropa usada porque es un poco tacaña».

Por lo general, aunque hay personas que van directamente a los arcones para venderles ropa usada, son ellas las que acuden a las casas y adquieren el género por kilos. «Nos llaman, vamos a las casas y allí compramos todo lo que les sobra porque no saben cómo deshacerse de esa ropa. Compramos por bulto y sólo admitimos la que esté limpia, porque a nosotros no nos compensa lavarla, y menos todavía plancharla».

También, si alguna prenda viene con algún descosido, se les hace un zurcido en el tiempo libre para que la ropa tenga una «mejor presencia» ante los ojos del comprador.

Tanto María Luisa con sus muebles y Dolores con la ropa afirman que el trabajo es duro «porque se pasa mucho frío durante el invierno. Las casetas —subrayan— son de madera y estar aquí varias horas se nota bastante».

Por ahora, con sus casi ochenta años a la espalda siguen en la brecha, atendiendo a cada persona que se acerca al arcón, porque, como afirma Dolores, «neniño, hay que vivir y la pensión no llega para nada con los tiempos que vivimos».

Precios de «saldo»

Comprar ropa usada en el puesto que regenta Dolores Barcia Amboage es como trasladarse a otra época en la que el poder adquisitivo era mucho mayor que el que ciudadano tiene en la actualidad.

Todas las prendas se hallan amontonadas en el arcón, convenientemente dobladas y limpias, y tanto las de verano como las de invierno están juntas para que puedan ser apreciadas por el comprador.

Los precios son exigüos y un pantalón puede ser adquirido por tan sólo unas cien pesetas; una gabardina «de buen paño» por 200 y un par de zapatos salen en poco más de las 250 pesetas.

Buscando y rebuscando, por casi mil pesetas uno puede salir perfectamente vestido, aunque luego, si se analiza cada prenda, podemos encontrarnos con que la misma se encuentra un poco descolorida, que hay un pequeño roto en una manga o que al menor esfuerzo puede quedar hecha trizas.

Los muebles que vende María Luisa, conocida en la zona por «Maca», también son asequibles a todos los bolsillos. Una cama con somier no supera las 3.000 pesetas; un armario puede quedar en 10.000 y una mesilla de noche puede llevarse el cliente por unas 500 pesetas.

Si en la venta de ropa prácticamente no hay regateo, en la de muebles todo consiste en establecer un precio de mutuo acuerdo. Sólo hay una única norma: no se admiten reclamaciones.

Inhumados en San Amaro los restos mortales del empresario coruñés Rafael Nieto Suárez

La Coruña (Redacción). A una de la tarde de ayer fueron inhumados en el cementerio de San Amaro los restos mortales del empresario coruñés Rafael Nieto Suárez, de sesenta y ocho años de edad, cuyo óbito, acaecido el viernes, causó un profundo pesar en La Coruña.

El fallecido, persona muy apreciada y conocida en distintos sectores ciudadanos, era presidente del consejo de administración de «El Trófico, S.A.», así como vicepresidente del consejo de administración de las sociedades Inmobiliaria Pocomaco, S.A. y Pocomaco Servicios, S.A., además de presidente de la Asociación Española de Torrefactores de Café, de cuya representación gallega fue también presidente.

Al sepelio asistieron numerosas personas que testimoniaron su condolencia a la viuda del empresario, María del Carmen Yáñez Santacruz, así como a sus hijos María José, Carmen María, Rafael y Jorge.

El funeral por el descanso de su alma se celebró a las cinco y media en la iglesia parroquial de Santa Lucía.

Los empleados del Sanatorio Marítimo de Oza abandonaron su encierro

La Coruña (Redacción). Los trabajadores del Sanatorio Marítimo de Oza abandonaron en la mañana de ayer su encierro, iniciado el pasado viernes para exigir al Insalud una decisión concreta sobre el futuro inmediato del hospital.

La decisión de abandonar el encierro se adoptó después de mantener una entrevista con el director provincial del Insalud, Antolín Rodríguez, quien acudió al Sanatorio de Oza acompañado por el director gerente del hospital «Juan Canalejo», Francisco Cerviño, y de la jefa de relaciones laborales de este último centro, Mercedes Pazos.

Después de la entrevista, los trabajadores acordaron abandonar el encierro ante el compromiso adquirido por el director provincial del Insalud, consistente en que en un plazo de diez días la Dirección General del Insalud haga público un escrito en el que concrete su posición sobre el Sanatorio de Oza. Según indicaron los trabajadores, Antolín Rodríguez dijo que existían muchas posibilidades de que el Insalud acepte el plan de futuro de Oza.

Entrevistas

No obstante, los hasta ayer encerrados acordaron mantener las actividades previstas de antemano para los próximos días, como son la entrevistarse el miércoles con el delegado del Gobierno y con los portavoces de los grupos parlamentarios en el Parlamento Gallego, la recogida de firmas y reforzar la Plataforma Ciudadana en Defensa del Hospital de Oza.

Por último, consideran importante que el Insalud rompiera su silencio y se comprometiera a dar una respuesta rápida. Sin embargo, afirman que tienen claro que «mientras non exista un compromiso escrito do Insalud, que aposte decididamente polo futuro do Hospital, é necesario manterse activos para facer de Oza un centro moderno que millore sustancialmente a rede sanitaria pública».